



Capítulo 243

Magrina Fildagreen.

Nacida como una elfa alta, un linaje de sangre pura incluso entre los elfos, se dio cuenta de que sus compañeros elfos la odiaban.

No había forma de que no lo supiera.

A partir de cierto momento, no, desde el día en que la maldición lanzada por los seres negros pasó por alto a Magrina, no tardó mucho en que el mundo que una vez había sido amable con ella se viera mancillado por la hostilidad.

La maldición lanzada sobre los elfos durante la guerra con los seres negros, que les robó su esperanza de vida, se llevó muchas cosas en un instante.

Sabios que habían acumulado conocimientos durante largos años.

Grandes guerreros.

Magos más fuertes que nadie.

Familias preciosas.

A algunos les quitó todo.

Había algunos que no odiaban a Magrina.

Pero eran solo una pequeña minoría, y su padre.

Todos los demás elfos no mostraban más que hostilidad hacia ella.

En ese momento, solo era una elfa de quince años.

No tenía conocimientos especiales de magia.

Aparte del título de princesa, no era más que una niña que no sabía nada del mundo.

Aun así, los elfos no se molestaban en ocultar su animadversión.

Incluso aquellos que nunca la habían visto.

Incluso aquellos que solo la habían visto una vez.

Incluso aquellos que la servían.

Como si buscaran desesperadamente una salida para su ira.

Convirtieron la irracionalidad en razón y se enfocaron en Magrina como si fuera lo más natural del mundo.

Afirmando que había traicionado a los elfos para preservar su propia vida.



Difundiendo rumores ridículos y sin fundamento.

Lo único que le permitía soportar una situación tan anormal era su padre.

Su padre, que siempre la abrazaba con cariño.

Pero ni siquiera su ternura podía aliviar por completo su soledad.

Por eso.

Se dirigió deliberadamente fuera del palacio real, un lugar en el que nunca debería haber puesto un pie, no en forma humana.

Regresando como por milagro de un lugar en el que pensaba que moriría, de vuelta a la capital de las Fuerzas Aliadas, hizo una amiga por el camino.

Ella.

Una elfa de su misma edad, y el simple hecho de que ambas hubieran escapado de ese lugar infernal hizo que fuera fácil crear un vínculo.

Ella disipó la soledad que Magrina había llevado consigo todo este tiempo como si nunca hubiera existido.

Magrina no pudo evitar sentirse cautivada por esa dulce sensación que no había sentido en tanto tiempo.

Una pequeña calidez que nunca había sentido realmente de nadie excepto de su padre.

Era demasiado preciosa para ella.

Y así...

—¡Mira, es ella! ¡Te dije que la vi convertirse en humana!

—¡Gah...!

—Así es como terminó todo.

Le quitaron el brazalete, revelando su verdadera forma.

Incluso mientras luchaba por respirar, Magrina miró al elfo que la estaba estrangulando.

—¡Muere, simplemente muere!

El elfo harapiento gritó con rabia.

Como si estuviera listo para acabar con su vida en cualquier momento, le apretó el cuello con todas sus fuerzas.

Y junto a él...

Ella, que hasta hacía poco siempre le había sonreído, ahora la miraba desde arriba.



No con una sonrisa, sino con el rostro lleno de profunda ira.

No era la única.

La mayoría de los elfos que estaban allí gritaban que Magrina muriera.

Como si realmente creyeran que su muerte les traería la felicidad.

—Ja...

Magrina soltó una risa hueca sin darse cuenta.

Su garganta se tensaba cada vez más, pero en algún momento dejó de resistirse.

Había pasado por este tipo de experiencia muchas veces.

Una vez por un guerrero que había perdido a su maestro.

Otra vez por un soldado que había perdido a sus padres.

Y otra vez por una sirvienta que había perdido a un ser querido.

Todos ellos le habían sonreído alguna vez, y ahora intentaban destrozarla.

Su visión se fue nublando poco a poco.



Podría haber resistido, pero Magrina dejó que la fuerza abandonara su cuerpo en silencio.

Aunque fingía estar bien, ya había llegado a su límite.

Aunque su padre intentara protegerla...

Aún era demasiado joven para soportar las miradas maliciosas que la observaban desde todas las direcciones.

«¿Y si yo también hubiera sido maldecida...?»

Para los demás, sin duda era una maldición.

Algo aterrador de lo que querían escapar desesperadamente.

Pero Magrina había deseado esa maldición.

Entonces, tal vez, no habría tenido que pasar por esto.

.....Entonces no se estaría asfixiando bajo esta maldición dolorosa y diferente.

Magrina comenzó a sentir que sus sentidos se desvanecían uno por uno.

Las sensaciones que la habían llevado al dolor se fueron atenuando lentamente.



Y entonces...

—¡Kaagh—!

Inconscientemente, jadeó y abrió los ojos de par en par mientras el aire entraba en sus pulmones.

«¡Huff, huff~!».

El zumbido en sus oídos desapareció y todo volvió a la normalidad.

Su cuerpo entumecido recuperó la sensibilidad y su visión se llenó de nuevo de color.

Y lo último que vio fue...

«.....».

Una espalda muy familiar.

#####

Magrina había sido empujada al borde de la muerte.

Pero Ashur y sus soldados irrumpieron y sofocaron el caos en un instante, y Alon la rescató y la llevó sana y salva de vuelta al reino.

«Gracias, mi señor... Le debo otra vez».

«No es nada».

Tan pronto como llegó al reino, Magrina se inclinó profundamente ante Alon.

Intentaba aparentar que estaba bien, pero tenía las orejas caídas y los ojos llenos de tristeza.

Al verla así, Alon sintió un nudo en el pecho.

Kaland le había advertido de antemano...

Pero, sinceramente, no esperaba que la hostilidad fuera tan intensa.

Solo después de escuchar el relato de Ashur, Alon comenzó a comprender el comportamiento irracional de los elfos.

«El Día del Lamento...»

Una gran catástrofe en la que innumerables elfos fueron maldecidos, se les robó la vida y sus cuerpos se pudrieron.

Mientras recordaba el nombre que le dieron a ese día...

—¡Magrina!

Desde la distancia, Kaland, habiendo abandonado toda dignidad real, vino corriendo.



—De verdad, de verdad, gracias.

Se inclinó profundamente en señal de gratitud y se llevó a Magrina.

Mientras Alon observaba sus espaldas alejándose, la escena de antes volvió a pasar por su mente.

«... Algo no cuadra».

Una corazonada.

Tal y como dijo Kalanda, muchos ignoran la verdad y solo creen lo que quieren creer.

Pero aun así...

La hostilidad que había visto en los ojos de esos elfos era más que irracional.

«Debería investigar esto».

Se quedó allí de pie durante un largo rato, mirando la sombra donde acababa de estar Magrina.

####

Después, Alon se dirigió al lugar donde estaba Rine, junto con Ashur.



«Este es el lugar».

«.....

Llegaron frente a un edificio enorme.

A diferencia de las otras estructuras lujosamente decoradas, tenía una forma sencilla y cuadrada.

Al entrar, vieron a Rine de pie en medio de un cuadrado oscuro.

A su lado, Penia observaba la escena con gran interés.

«Ah, marqués...

«Penia, ¿cómo van las cosas?

—Hmm, todavía no ha cambiado mucho. Aunque parece que está observando algo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Penia asintió energicamente mientras alternaba su mirada entre el libro y Rine.

—Está leyendo con mucha atención.



—¡Por supuesto! Si volvemos a nuestro mundo, con solo usar esto correctamente sería suficiente para obtener el reconocimiento oficial de la academia... Bueno, eso es importante, ipero! Esperaba que pudiera ayudarle con su investigación sobre la magia, marqués...».

Penia se rió con astucia, entrecerrando los ojos como un gato.

Alon la observó y pensó.

«Cuando regresemos, eh».

Por supuesto, la máxima prioridad de Alon también era regresar a su línea temporal original.

Pero, a diferencia de Penia, él tenía algo de lo que ocuparse una vez que regresaran.

Agu ya había encontrado su fin en la batalla anterior.

Pero, por lo que Alon sabía, matar un cuerpo físico no era suficiente para acabar con Agu.

«Para destruir a Agu, o más bien, a los Agus, por completo, debemos destruir la piedra del alma en el inframundo».



En *<Psychedelia>*, después de que el jugador derrota a Agu, no hay necesidad real de entrar en el inframundo.

Dependiendo de la ruta, uno de los Cuatro Grandes Poderes siempre intervendría y se encargaría de ello en el momento adecuado.

Pero, por desgracia, esto no era *<Psychedelia>* y no podían contar con ninguna intervención de ese tipo.

«Cuando regrese, no podré descansar, tendré que dirigirme directamente al inframundo».

Recordó la ubicación del inframundo gracias a la historia del juego y la grabó en su memoria una vez más.

#####

Entre los Cuatro Grandes Poderes, los Agu (餓鬼) estaban encantados.

Naturalmente, era porque el líder que los había gobernado había muerto.

Los Agu nacen sometidos al más fuerte de su especie.

Nacidos con un poder inmenso, caen inevitablemente bajo el dominio de un líder que se hace más fuerte devorando a muchos de los suyos.

Por lo tanto, la muerte del líder significaba una nueva oportunidad.



Se regocijaron como si hubiera muerto un enemigo mortal e inmediatamente comenzaron a devorarse unos a otros en la batalla.

Había que elegir un nuevo líder.

A nadie le importaba cómo o de qué manera había muerto el líder anterior.

En el mundo de las sombras, los Agu se consumían sin cesar unos a otros, matando y siendo asesinados.

Por supuesto, por mucho que fueran masticados o devorados, nunca desaparecían del todo.

Simplemente eran absorbidos.

Los más débiles por los más fuertes.

Y los más fuertes por otros aún más fuertes.

Una y otra vez, devorando y siendo devorados hasta que solo quedaba uno.

«It» renació.

El nuevo líder coronado, «It», al igual que el anterior, robó a los demás Agu su intelecto, dejándoles solo el instinto.

Además, el poder de la codicia que dejó el antiguo líder lo hizo aún más fuerte que su predecesor.



Se llamó a sí mismo Mansang y juró convertirse en alguien mucho más fuerte que el tonto antiguo líder....

Y todo esto había sucedido solo un día antes.

«¡Graaaaaah!».

Mansang lanzó un grito espantoso, mirando al ser que tenía ante él.

Todo su cuerpo temblaba.

A pesar de que había forjado un cuerpo mucho más fuerte que el del anterior líder.

A pesar de que podía manejar la codicia con mayor eficacia.

No podía vencer al ser que tenía ante él.

No, no era que no pudiera ganar.

Esa cosa...

No era algo que se pudiera vencer.

Era algo inexplicable.



Era la incomprensibilidad misma.

«Ughhh...».

Mansang intentó arrastrar su cuerpo completamente destrozado en la otra dirección y huir.

Pero hacia él caminaba tranquilamente una sola chica.

Su rostro estaba inexpresivo.

No había emoción.

Ningún indicio de ningún sentimiento.

Simplemente caminaba hacia adelante, imperturbable.

«¿?».

Mansang le preguntó, a pesar del dolor insoportable.

La miró con ojos llenos de confusión, incapaz de comprender por qué estaba sucediendo esto.

Con voz temblorosa...

«… ¿Por qué?».

La chica que se había acercado a Mansang...

«Sabía que volverías».

Ana...

«Lo sabía... pero aun así...».

Yutia Bludia,

«Solo estaba... enojada, ya sabes».

Murmuró suavemente.

Aún temblando de miedo, Mansang no podía entender lo que Yutia estaba diciendo y frunció el ceño.

«¡Aunque me mates, nada cambiará! ¡Aunque me borres, los Agu volverán a nacer! ¡Somos... somos innumerables, innumerables! ¡No importa cuántas veces nos mates, seguiremos reapareciendo!».

Un grito desesperado brotó de su tembloroso cuerpo.

Pero.

«Lo sé».



«¿Qué?»

Dije que lo sé.

Yutia murmuró en voz baja para sí misma.

«Es solo que, ya sabes... mm».

Con calma.

«Es solo mi forma de desahogarme».

Levantó el dedo índice.

«Una simple liberación emocional».

Y miró a Mansang.

Con ojos infinitamente rojos.